

Censor obseso, obsceno. Tres tristes tigres acosados, cazados por la censura

Guillermo Cabrera-Infante

Uno de los más célebres libros del boom latinoamericano, Tres tristes tigres de G. Cabrera Infante, fue sometido a las tijeras de la censura franquista, antes de ser publicado por primera vez en España (Barcelona, 1967). Nunca fueron repuestos los «cortes» en las sucesivas ediciones en castellano, desde entonces hasta estos días. Recién en el curso de 1989 aparecerá en Caracas - Biblioteca Ayacucho - la versión absolutamente completa de la obra, con cronología y bibliografía incluidas, además. Este artículo del autor, cedido especialmente a NUEVA SOCIEDAD como «primicia para América Latina», anticipa y complementa el sabor del prefacio que él mismo escribirá en la edición íntegra en preparación.

Me había encontrado antes con la censura pero nunca con el censor hasta que me exilié en España en 1965. (¡Bonito sitio para un exilio, España bajo Franco! Pero es que viniendo de La Habana oscura a mediodía, Madrid se veía iluminada. Además estaba el adagio que declara que la historia propone y la geografía dispone: Hitler, como bien lo vio Orwell, no habitaría nunca en El Pardo, mucho menos en El Prado: la demasiada luz impide el uso de camisas pardas). La censura anterior en Cuba era espasmódica y arbitraria: había casos en su método. Yo fui uno de los pocos escritores que sufrió su imperio mediocre. No me habían censurado, sino que me habían hecho encerrar en la cárcel *post facto*, juzgar y multar en exceso por publicar un cuento que contenía malas palabras - ¡en inglés! Este idioma no lo hablaban los policías que me detuvieron, era desconocido a mis carceleros y estoy seguro de que el juez que me condenó si había oído la palabra *balls* (una de las voces condenatorias) y podía traducirla la tomaría por pelota, que en Cuba significa solamente una bola o el juego de béisbol. La otra forma de censura cubana

que tomó el poder de las palabras era más insidiosa porque era una autocensura, practicada en los tiempos en que dirigí el suplemento literario *Lunes de Revolución*. Afortunadamente me negué a censurar a los otros y practicaba el hara-kiri, no la masacre. Así, uno de los últimos números del magazine citaba como homenaje trozos de Hemingway con su obsoleta obsesión por los cojones. Como esta publicación estaba ya destinada oficialmente a desaparecer en el silencio, me comportaba como el condenado a muerte a quien permiten una última cena: esa extravagancia era un adiós. Pero en España me encontré con el censor personificado, casi reconocible. Es una lástima que este retrato robot de palabras no me haya permitido identificarlo en la Gran Vía porque hubiera podido agradecerle personalmente que rechazara mi manuscrito príncipe y mendigo y me hiciera ver el error como una evidencia obscena: tanto para él como para mí esas páginas eran una presencia insultante. Ciertamente que ya yo tenía la intención expresa de alterar el manuscrito, decisión que él ignoraba, pero el censor fue mi verdugo liberador, yo la víctima propicia - *in medias res*.

Mi editor español de entonces sugirió que sometiera el nuevo manuscrito a la censura, indicó que un cambio de título modificaría la dirección censoria (el mal estaba hasta en el nombre) y aparentemente la actitud del censor sería tan favorable a la literatura como en el pasado. Pareceríamos gemelos literarios, yo y mi censor. Yo estaba decidido a cambiar el título antes de que él lo sugiriera. Sus sugerencias, tanto como las órdenes del censor, eran otras formas de mi deseo. El libro, **Tres tristes tigres**, TTT apareció así Ante el censor immaculado, como nuevo (y nuevo era realmente), pero ahora mis formas fueron su deseo. Había llevado él a cabo (no recomendado) 22 cortes en señal de rechazo. El libro no estaba ya prohibido, pero seguía censurado. Mi editor, desde lejos (ahora yo vivía en Londres, después que la policía española me reconoció como indeseable político: nunca tantos habían hecho más por una sola persona: Londres obligado era de veras una ciudad luminosa: no era posible comparar Swinging London con La Habana oscurecida ni con Madrid al claroscuro de cara al sol y además estaba el aspecto espiritual: tradicionalmente Inglaterra es la isla de las almas prohibidas: allí dan pie todos los naufragos políticos, de Marx a Markov: que este último haya sido asesinado en Londres por los seguidores del primero no altera el asilo), mi editor catalán me recomendó por carta que aceptara los cortes, prometiendo que un día se podrían insertar de nuevo en el libro, aconsejando que era mejor una mala publicación en España que una buena en América. Decidí aceptar sus razones comerciales, pero insistí en recobrar el manuscrito. No era mi manuscrito original (que se había perdido con libros pitagóricos entre Madrid y Londres), sino la copia limpia lista para la imprenta. Lo pedí para ver las nuevas prohibiciones del censor,

el obsceno obseso contra el deseo. Todavía conservo ese MS, pero en las múltiples ediciones que se han hecho de TTT en España, bajo el régimen anciano, durante la transición (gambito del rey) y con el nuevo régimen (todo ha cambiado pero el libro permanece) nunca se han insertado los párrafos prohibidos en **Tres tristes tigres**, que sigue siendo incompleta e incomprensible a veces y siempre misterioso por esos saltos en la lectura hechos por un capricho identificado, pero no menos arcano.

Es bueno, creo, que hable de las obsesiones del censor, quien, como todo creador (ya estableceré más adelante el derecho que se ganó conmigo a ser considerado un creador), tiene sus fobias y sus favoritos. Por ejemplo, la palabra tetas le daba zapatetas, con su labor de zapa al eliminarla cada vez que la encontraba - y siempre la encontraba. Eso sí hay que concederle de entrada al censor: trabajaba, inclinado paciente sobre el manuscrito como un cirujano minucioso, cortando apéndices viriles, eliminando miembros por miedo a que alguno de ellos saliera sexual, amputando turgencias en caso de que fueran elementos del coito y considerando todo el libro como un posible cuerpo poroso. A veces era atacado por la sinusitis y objetaba todos los senos visibles. El pezón, por ejemplo, le producía pesar o comezón, como si la palabra fuera una combinación de ambas, *portemanteau* pornográfico.

Pero además de las fijaciones eróticas estaban su devoción católica y sus deberes cívico-militares. Así, en la parodia en que Lezama Lima se vuelve un improbable reportero poético del asesinato de Trotsky y dice que el agente de Stalin mató al revolucionario permanente «arma deicida empleando», el adjetivo deicida fue eliminado con un golpe de hacha y ahora Mornard, como un asesino vulgar, mata a Trotsky «arma empleando» (es solamente gracias al Dr. Deutscher que sabemos que no usó un mosquete o una culebrina), como si deicida quisiera decir unívocamente matar a Dios, Mercader confundido con Nietzsche. Otro personaje, que se revela como un homosexual oculto, estudió en una academia militar. Pero para el censor (¿conocedor tal vez?) este pedazo de información equivalía a declarar que había la posibilidad de que con sólo enrolarse en una academia militar los alumnos (¿cadetes?) se fornicarían unos a otros con furor. Ahora en el libro ese pobre pederasta suicida estudió, sí, pero en una academia - tal vez platónica.

Pero pronto, desde el principio, el censor va, como el veneno de Hamlet, a su labor: la censura sexual, la censura erótica, la censura. En la sección (tal vez sesión para este obseso) titulada «Los debutantes», ya en el primer relato suprime un trozo

(verdadera emasculación del texto, pues trozo es uno de los nombres del pene en Cuba) que iba a decir:

y entonces él se sacaba la cosa y ella empezaba a tocársela, a pasarle la mano y entonces acariciándola se ponía a vigilar si la vieja venía o no venía, luego cogía y se levantaba del balance y se levantaba las faldas y se sentaba encima del hombre y entonces ella empezaba a moverse y el hombre se empezaba a dar balance y de pronto ella saltaba y se colocaba en su asiento y el cruzaba la pierna, así, hacía allá, de manera que no se viera nada.

Un poco más adelante, más sabrosura, pues más censura:

ella tocándole la cosa al hombre y el hombre ahora manoseándola a ella y ella cogía y bajaba la cabeza y la metía entre las piernas del hombre y la dejaba ahí un rato y luego la sacaba de pronto porque era que la vieja venía de nuevo.

Que éste sea el relato de una niña tiene sin cuidado al censor, que no cree en la inocencia de la literatura infantil: escribir deprava, describir de niño deprava pedagógicamente.

A la primera confesión anónima al psiquiatra el censor se siente turbado:

y se masturbaba o qué sé yo. A lo mejor cuando me iba la enfermera entraba y él le contaba todo y ella se excitaba y allí mismo en el sofá se masturbaba con ella.

¿Será que teme que ha sido profanado el sofá freudiano? ¿O considera el cuento hecho al psiquiatra como una confesión cuyo secreto no se debe revelar?

Pero en «Ella cantaba boleros» comienza a perturbar al censor otra desvelación íntima - el despliegue del tetamen tropical:

y dejó al aire unos senos, no: unas tetas enormes, redondas y gordas y puntudas que se veían rosadas, blancas, grises.

Supresión que hace el párrafo más lúbrico al dejar decir y publicar de seguido:

y le desabotonó (la camisa) y se volvían a ver rosadas al darles la luz de las calles.

En «Seseribó» el censor lo admite todo - menos lo inadmisibile:

y oriné cantando Méame sola, parodia que lleva el Copyright de este humilde servidor.

Ingenuo, ¿verdad? Pero el censor sabe que no hay escritura inocente. Al revés de la justicia inglesa, el censor considera al escritor culpable mientras no demuestre lo contrario. Sin embargo, es al final de este relato donde encuentra teta por donde cortar:

Volví a besarla y mientras con una mano le acariciaba la espalda, con la otra acababa de soltarle el pelo. Le abrí el zipper de la espalda y metí la mano más abajo de la cintura y ella se revolvió, pero no incómoda, creo. No tenía ajustadores y esa fue mi primera sorpresa. Seguíamos besándonos en el mismo beso y ella me mordía muy fuerte los labios y a la vez decía algo. Metí la mano por el hueco de la espalda hasta el frente y sentí finalmente sus senos, pequeños, teticas, que parecían estarse formando, creciendo, haciendo su pezón bajo mi mano. No crean, aun borracho y bongosero y todo, yo puedo ser poético. No moví la mano, sino que la dejé allí.

Pero el censor no dejó mano ni mamas sanas y el párrafo tiene ahora una cantidad de castidad incómoda y al mismo tiempo su tentación, como un coito interrumpido.

En otras de las entregas de «Ella cantaba boleros» expurga una frase tan poco merecedora de censura - y hasta de atención - como:

y yo me le tiro encima, no del todo

¿Puede haber declaración más inane, censura tan inútilmente gastada?

En «Historia de un bastón y algunos reparos de Mrs. Campbell» el censor tiene más reparos que la buena señora americana:

Se acuestan en la cama y comienzan a besarse y a hacer el amor y algunas cosas realmente abominables por la indecencia, la poca higiene.

Líneas después objeta:

con un sexo exageradamente largo y hacer esas cosas tan terriblemente íntimas con estas mujeres y

La conjunción - ¿copulativa? - no permite apreciar las dimensiones de ese miembro mítico de La Habana de noche tan grotescamente reproducido en la película *El padrino II* - es que segundas partes pudendas nunca fueron buenas¹.

En la suite de «Ella cantaba boleros» sigue la censura compartiendo esa calidad entre hacha y bisturí que tiene la destreza del carnicero. El censor permite que la compañera de cama de Silvestre se desvista hasta el refajo, pero no más abajo:

Vuelve para la cama y ya yo me quité los zapatos y me olvidé del Código Hays

(Ironía del destino censor, pues el Código Hays, como todos saben, era el nombre de la censura en Hollywood.)

y comienzo a trabajarla en los planos medios o plano americano y le pido, le suplico, casi me arrodillo en la cama para que se quite el refajo, que quiero ver su hermoso cuerpo de starlette, que se quede en bluser y ajustador, que eso no es más que una trusa de encajes para nadar en la cama y con este argumento, muchacho, la convengo y se quita el refajo, no sin decirme antes que no se quitará más nada. Punto. Entonces nos besamos y nos abrazamos y nos acariciamos y yo digo que se me está estrujando el pantalón y me lo quito y también me quito la camisa y me quedo en calzoncillos y cuando me meto en la cama de nuevo ella está brava o hace como que está brava y no me deja acercarme más. Pero al poco rato la toco con la mano y le acaricio el cuerpo y volvemos a besarnos y todo eso y le pido, comienzo muy bajo, casi en off, a decirle, a rogarle que se quite lo que le queda aunque sean los ajustadores para verle esos senos maravillosos y no se deja convencer y cuando estoy a punto de perder la paciencia, dice, Bueno vaya, y de un solo gesto se suelta los props y lo que veo a la luz rojiza del cuarto (que ese fue otro debate: apagar la luz del lecho y encender el foco rojo), lo que veo es la octava maravilla, la octava y la novena porque son dos maravillas y me entusiasmo y ella se entusiasma y toda la atmósfera pasa del suspenso a la euforia como de la mano de Hitchcock.

¹ El censor, además de sus obsesiones, muestra sus conocimientos sobre materia tan hermética como la onomástica de los pederastas profesional de La Habana circa 1958. Estos bugarrones aparecen con sus nombre de pene en la parodia en que Virgilio Piñera relata el asesinato de Trotsky en su «Tarde de los asesinos». Piñera llega a una de sus obsesiones alimenticias, la carne asada y hace una llamada hada una de sus obsesiones eróticas. La carne asada está en el libro pero el censor, conocedor, suprimió la llamada, que aparecen en el manuscrito y dice:

No confundir con «Carne Asada», quien junto a «Manguera», «Fija-Colon», «King Size» y «Tres Patas» forma la pentarquía en ciertas fábulas del hampa sexual habanera (N. del A.)

Más que el olfato para el esmegma fétido del censor me asombra el olvido de Virgilio al no incluir en su censo homosexual al notorio «Aspirina», cuyo lema era: «Alivia el dolor que causa».

Idiota labor censoria pero es 1966 y el censor cabalga por los campos de Castilla como un Cid de las niñas. ¿O es a la edad madura que quiere proteger de la corrupción de las costumbres tropicales, temiendo tal vez que se le haga edad podrá? El siguiente párrafo un poco más abajo es tan poco erótico que debe de haber sido censurado solamente por simpatía - o antipatía:

y llegué a la conclusión de que la violación es uno de los trabajos de Hércules y que en realidad no existe, que no es delito si la víctima está consciente y el acto lo comete una sola persona. Nou, thats quite impossible, dear De Sad.

Remata la página tan estropeada con un golpe de manos:

aliviado por sus diestras manos, casi satisfecho

Pero es el narrador, no el censor quien queda satisfecho: este último sigue dándole a la mano que corta, limpia y da esplendor.

En «La casa de los espejos» el crimen no es más atroz pero el castigo es mas duradero. Comienza con la frase permitida «La puerta estaba abierta» y de ahí cierra la página a lo que sigue:

y ella estaba sobre la cama disponiendo las fotos que mostraban [¿qué otra cosa, si no?] los senos desnudos.

(Apuesto a que si hubiera dicho «los senos vestidos» también habrían desaparecido esas colinas de carne del mapa literario de TTT). Es entonces que lo ataca por séptima vez la comezón del censor:

Eran grandes. Quiero decir, las fotos: cubrían dos o tres, casi toda la cama. Aparecía en ellas

desnuda de la cintura para arriba con los brazos cruzados sobre el pecho o con la camisa medio abierta hasta el vientre o completamente abierta hasta medio vientre o desnuda, de espaldas o desnuda y oculta por un claroscuro cómplice.

Aquí el censor sube a respirar el aire puro de la Castidad y admite dos palabras - «pero nunca» - mientras censura la siguiente frase, que es, lo adivinaron ustedes, estoy seguro:

se le veían los senos

A un tiempo, generoso, deja el adjetivo «completos» (que nunca fue más incompleto) y la frase siguiente: «Se lo dije», para zambullirse en las fétidas aguas de la sexualidad tropical de nuevo hasta casi tocar fondo - o fondillos, que es una manera habanera de señalar el culo:

Se rió y sacó una foto debajo de otra y me dijo ¿ Y ésta? como preguntando y afirmando a la vez. Miré pero la ocultó detrás de su cuerpo No la pude ver le dije No la vas a ver me dijo No se puede ver y se rió mostrando la garganta: era una cockteaser como dicen los americanos o los españoles que dicen calentapijas: en Cuba no tenemos palabras: quizás porque tenemos tantas - mujeres así, quiero decir. Decidí irme. Lo supo Ya se puso bravito el niño me dijo imitando un puchero Si el nene se queda un ratico más habrá un premio. La miré y me sostuvo la mirada Vaya dijo y tiró la foto al suelo: estaba desnuda, sentada, pero ahora se veían bien sus senos aberrados por un lente de ángulo ancho que los ponía en relieve: eran blancos y perfectos y bellos, y Livia tenía motivos para estar orgullosa de ellos, vanidosa por las fotos, molesta con la negada exhibición de la maravilla en que la mera carne es a la vez objeto estético y sujeto de pasión. No creo en ellos le dije sin embargo. Son senos en 3-D: buenos para Arch Oboler ella se detuvo sin que hubiera echado a andar; ¿Quién es ese? preguntó y parecía casi furiosa El director de Bwana Devil. En un mismo movimiento se agachó, recogió la foto del suelo y las otras de la cama, las guardó en el closet y caminó hacia el baño No te vayas dijo antes de entrar y cerrar la puerta. Salió de nuevo. Pasarían tres minutos entre la salida y la entrada pero en el recuerdo son acciones simultáneas. Venía desnuda. Es decir, se había dejado unos blumer breves, negros, pero nada más ¿Y ahora? me dijo desafiante y caminó hacia mí en punta de pies, con el tórax combado y los hombros y los brazos echados hacia atrás en un gesto que debió de haber aprendido de Jane Mansfield, pero que no me dio risa porque tenía frente a mí (y digo frente a mí) la belleza que se puede ver, tocar, oler y gustar con todos los sentidos: ver con las manos, oír con la boca, gustar con los ojos, oler con los poros del cuerpo.

Todavía me admira que el lector en español haya entendido este momento del libro, que haya llegado a comprender d porqué de la furia de Laura (la compañera de casa de la calentadora exhibida) como para terminar su enlace con Arsenio Cue, el rebuscado narrador de «La casa de los espejos» y acabar definitivamente una relación que fue, al parecer, el único, gran, dolido amor de Cue. Pero mayor es la admiración de un lector de esta recolecta que no quería creer que el libro hubiera sufrido tan extenso corte. Como en el viejo chiste, la operación de censura fue un éxito pero el paciente murió - aunque hay que recordar que un tigre tiene tantas vidas como un gato. Tres tigres, aunque tristes, tienen tres veces más vidas: no hay censor que pueda matar veintisiete veces.

Aunque nuestro censor avanza libro adentro con la delicadeza de una locomotora, a veces hace una parada para recoger palabras sueltas sobre la vía. A primera vista parecen encontradas pero él las descubre igualmente ofensivas: son nuestras viejas conocidas «militar» y «deicida» en medio del camino de la muerte de Trotsky. Pero al final mostrará que su censura es más religiosa que política

- ¿o es que él es la mano zurda de Dios?

Mientras tanto en «Bachata», donde toda irreverencia tiene su voz, deja pasar decenas de páginas antes de encontrar su vieja manía, su monomanía, su obsesión:

y le abrí la blusa y no tenía ajustadores, sostén o brassieres, llamados también soutiengorges, Georges que era yo encima de ellos.

Momentos antes es un orificio del cuerpo no una protuberancia lo que desvela al censor de La Habana de noche, revelado en el combate de dos de sus criaturas:

me abrió los labios con su lengua y mordió mis labios; fuera y dentro, las mucosas, la lengua, las encías

¿O es un horror estomático, anatómico? Más abajo hay una frase que resulta memorable solamente por la marca del censor:

mientras buscaban una brecha amorosa

¿Puede haber metáfora más tímida para un toqueteo íntimo? Porque no hay otro motivo, provocación o exhibicionismo. Esos exploradores son una scout-girl: las manos de la muchacha con quien tiene un encuentro incierto el narrador. Un poco después se unen la boca y los senos para perturbar más al pescador de perlas negras de cultivo:

me reí para dentro mientras para afuera movía mi lengua sobre sus senos desnudos (por poco digo dormidos) y sobre los botones, que eran dos y dos se me escapaban no como peces sino como pezones sorprendidos, y regresé por el mismo camino lentamente, del cuello hacia mi casa de su boca y la besé de nuevo, nuevamente, y ella había encontrado su ruta, su camino interior.

Aquí abandona el censor la búsqueda del busto perdido, ya que no encuentra otro seno que el materno y el texto deja de jugarle tetas para escamotear las malas palabras. Es sin embargo después de estas revelaciones de absurdas obsesiones con

inocentes tetas, teticas y pezones que hace su mayor contribución al libro. Hasta ahora, por prestidigitación, juego de evasiones y verdadero leger de mamás me había concedido el prestigio de lo oculto y textos que eran transparentes devienen opacos, cuando no oscuros, impenetrables. Pero al final ejerce un twist in the tail. El «Epílogo» debía de terminar con una más bien larga tirada de la enajenada en el parque contra los católicos, que no hacen, según ella, nada para evitar que la buena gente se esté muriendo y la loca locuaz, desesperada y retórica, pregunta por qué no hacen algo los católicos, que hagan algo los católicos, que hagan algo por el amor de Dios, y vuelve, cíclica, a inquirir dónde están la religión y la moral católica. Es esta parrafada última, que no es más que la locura como discurso (y al revés) la que lleva al censor, lejos del sexo y los senos, a suprimir nueve líneas y dejar el libro trunco en una frase que sin embargo se vuelve definitiva: «*ya no se puede más*».

y es así que termina *Tres Tristes Tigres*.

Los demás cortes de censura han sido restituidos en las traducciones. Pero esta escisión final siempre me he negado a devolverla a las diversas versiones de *TTT*. Nunca un libro tan fatigado podía tener un final mejor. Que esta terminación fuera provista por la censura, muestra al censor como creador. Es en realidad un escritor embozado que puede muy bien quitarse la careta de funcionario anónimo y decir descarado: «Anch'io sono artista!»